

DE ALGUNOS HECHOS, SUCESOS, ANÉCDOTAS Y OTRAS NOTICIAS RELACIONADAS CON LA CIUDAD DE ECIJA, ENCONTRADAS EN LAS HEMEROTECAS ESPAÑOLAS.

(Capítulo XVII)

Enero 2017
Ramón Freire Gálvez.

Comienzo este nuevo año, en el que mi bella y maravillosa esposa me ha dado un nuevo cargo (como quiera que ya me he jubilado laboralmente, que no familiar y literariamente) cual es, "agente de bolsa" – coge la bolsa y llégate al *Mercadona*, coge la

bolsa y llégate al *Carrefour*, coge la bolsa y llégate a...-

Pero antes, quiero dejar constancia de que **por fin** se acabó el bisiesto, que, repito, nunca me han gustado los años bisiestos; y voy a comenzar el año, con un precioso epitafio literario que el ecijano Benito Mas y Prat (para mí, junto a Luis Vélez de Guevara, el

más importante literato ecijano, cuya fotografía aparece al final de la presente página) dedicó al también ecijano Manuel Balmaseda González y que apareció publicado en ***La Ilustración Artística, número 109 del 28 de Enero de 1884.***

Antes de entrar a transcribir literalmente el mismo, es necesario hacer constar que ya publiqué la biografía completa de Balmaseda, año 2010 en mi libro *Ecijanos en Andalucía, España y el Mundo* y en ella podemos comprobar que **MANUEL BARMASEDA (o BALMASEDA) Y GONZALEZ**, nació en Écija a las cuatro de la tarde del día 14 de Diciembre de 1856 en el número 9 de la calle Marchena, siendo bautizado al día siguiente, en la Parroquia de Santiago, por el cura Juan Santos Herrera, apareciendo inscrito como "Barmaseda ", hijo de Francisco Barmaseda y Valle González (casados en Santiago ese mismo año), nieto por línea paterna de Francisco Barmaseda y Rosario Borja y por la materna de Juan González y Valle Sánchez (*Libro 75 de Bautismos, página 264 vuelta, Parroquia de Santiago*).

Pasó toda su infancia en Sevilla. Su infortunada familia vivió siempre al amparo de la marquesa viuda de *Casa Tavares* hasta el año de 1863, fecha en que murió esta. A partir de ello, la familia conoce la más completa de las miserias, dedicándose a toda clase de trabajos manuales hasta que, años más tarde, obtiene una plaza de mozo de ferrocarriles. De los numerosos versos y poemas de este poeta ecijano, carente de cultura, se editó el primer *Cancionero de coplas flamencas*, gracias a la solidaridad de Antonio Machado y Luis Montoto.

Vayamos ahora con el mencionado artículo literario, digno de su lectura y mayor elogio, que decía así:

"JUAN DEL PUEBLO. ¿Quién es Juan del Pueblo? ¿Dónde ha nacido? ¿Qué erudito lo ha tratado? ¿Dónde está su obra? ¿Cuál es su tumba y cuales las efemérides que dejó en las crónicas y en los calendarios?

Nadie lo sabe; genio desconocido, especie de sombra fugitiva que pasa sin detenerse ante vuestros ojos, que eternamente huye y aparece, apenas si pudo sorprenderle alguna vez la mirada escrutadora del pensador o del fisiólogo;



apenas si logró estrechar su callosa mano al artista o al poeta.

Y sin embargo, él es el que cosecha los sazonados frutos del estío y de la primavera; él es el que entrega a la inteligencia un mundo de materiales; él es quien busca el metal y las piedras preciosas para satisfacer las vanidades de la sociedad voltaria y ostentosa; él, quien abate el cedro, hace llano de la montaña, mueve la máquina, despliega el lino sobre las olas, arroja el pez y el ave sobre la mesa del potentado, borda el paisaje de pictóricos grupos y recoge las salvajes armonías de la naturaleza.

Yo he visto a Juan del Pueblo cruzar por los vericuetos y las sinuosidades del monte con la piqueta al hombro, la chaqueta al brazo, la frente sudorosa y los ojos entornados melancólicamente; yo le he visto en traje de fiesta, en el ancho corro de la aldea, saltando y brincando como un chicuelo revoltoso; encendidas las mejillas, radiantes los ojos, entreabiertos los labios, teniendo enfrente a su compañera de amores y fatigas y satisfaciendo sus ambiciones con un clavel o un ramo de jazmines; yo le he visto también, con la melena erizada como el león del desierto, los ojos fuera de la órbita, la antorcha incendiaria en la mano y ávido de devorar a la sociedad o de ser devorado por ella. En todos estos estados le he reconocido por sus lineamientos propios, por nos notas características, por sus eternas genialidades. Juan del Pueblo, fue siempre el mismo, cuando se llamó ciudadano y cuando se llamó siervo; cuando siguió a Leónidas y cuando



siguió a Espartaco.

Ánfora llena de esencia de tomillo o de campesinas mieles; instrumento melodioso o ronco, según el grado de habilidad de la mano que supo herirlo; volcán del que se desprendieron ora columnas de inofensivo humo, ora torrentes de lava capaces de convertir en yermos los lugares más deliciosos, Juan del Pueblo, fue, es y será siempre la contradicción viviente, el

enigma de la Esfinge, la síntesis más acabada de la personalidad humana en su primitiva rudeza.

Yo he visto a Juan del Pueblo herir sin compasión a su hermano y llorar amargamente al pie de una cuna vacía; yo le he visto arrojarse a la hoguera y morir en el patíbulo, siendo a la vez malhechor y mártir; he escuchado en sus labios la maldición y la plegaria, el himno patriótico y el *Dies irae*, le he contemplado en el altar y en la barricada.

Juan del Pueblo no escribe; canta y llora, ruge o suspira tiernamente, aprende como un rapsoda la estrofa de Tirteo o improvisa sus coplas tiernísimas y originales. El punteado de la guitarra, el sonido del tamboril, las quejas de la gaita, he aquí sus músicas predilectas. Las bandas militares le aturden, las orquestas teatrales le molestan, si de grandes ruidos se trata, prefiere el del cañón y el de las terribles catástrofes sociales; Juan del Pueblo comprenderá, acaso, la música del porvenir; las orquestas que tienen por maestros el trueno, el huracán y el océano.

Estudiar a Juan del Pueblo, cuando se entrega a esas terribles aficiones, no suele prestar gran deleite al espíritu; prefiero por tanto contemplarlo en sus horas de calma.

El mar, el rayo de la luna y cuando lo riza el viento apacible de la noche, es mucho más bello que en las borrascas, aunque otra cosa crean los que sólo han visto las tempestades desde la orilla, y el mar tiene mucho del genio de Juan del Pueblo.

Decía que Juan del Pueblo canta y no escribe; ¡cuán tiernos y deliciosos son sus cantares!

Bajo el cielo azul de mi Andalucía, en sus campiñas bordadas de espigas y de flores, Juan del Pueblo se me ha mostrado alguna vez, encamado en una personalidad determinada.

Hace poco ha muerto entre nosotros un pobre poeta desconocido a quien yo hubiera dado el nombre con que encabezó estas líneas.

Balmaseda -así le apellidaban- había nacido en Écija, patria del dramaturgo Vélez de Guevara y del legista Pacheco; no sabía leer ni escribir y trabajaba de fogonero en la línea férrea de Madrid, Zaragoza y Alicante.

Los que le conocieron aseguran que una melancolía extraña constituía el fondo de su carácter; que tenía distracciones de iluminado y que cuando oía cantar, se lo aprendía de memoria sin el menor esfuerzo.

Un día sorprendió a sus compañeros con una peregrina novedad, había sacado -compuesto- varios cantares. ¿Qué proceso extraño, qué transformación maravillosa se había apoderado en el alma de aquel rudo hijo del trabajo? Nadie pudo imaginarlo; el hecho es que Balmaseda componía versos que cantaba él mismo, y que deleitaban a los que los escuchaban; el hecho es que Balmaseda se había convertido en poeta.

Los estudios de literatura popular comenzaban a ocupar el magín de nuestros literatos y la nueva de que existía un *pobre que vertía perlas* sin conocer el a, b, c, corrió entre los folk-loristas sevillanos, que sintieron curiosidad extrema. Conocieron a Balmaseda, le halagaron con generosos aplausos, y el bardo del pueblo sintió robustecerse su estro rimando sus contentos y sus aflicciones. La oruga se proveía de alas para abrasarse en los fuegos del sol; Balmaseda hacía publicar su librito de cantares y expiraba al poco tiempo.

Había cumplido su providencial misión; la oscuridad y el sepulcro la llamaban y él seguía obediente estas solicitaciones.

Como el cisne cantaba y moría satisfecho.

Un *dolorsito* continuo
tengo en el *lao* derecho,
ison *gorpes* del corazón
que me están partiendo el pecho!

El pecho me están partiendo,
yo no lo puedo *aguantá*,
ison muchos los asesinos
y grandes *gorpes* me dan!

Mi amigo, el poeta Luis Montoto, decía a la publicación del libro de Balmaseda, dirigiéndose al Sr. Machado, fundador de Folk-lore en Andalucía:

“Me dice una persona respetable, que el autor del *Primer Cancionero de Coplas flamencas* (Sevilla 1881) ha muerto de hambre. Yo no sé si sus compañeros de trabajo dirán su oración fúnebre encomiando la fuerza muscular de sus brazos y su mayor o menor destreza en limpiar los coches de la línea férrea -que este era su oficio-; tengo sí, el convencimiento de que tu exclamarás, al pasar por la vista estas letras escritas al correr de la pluma: ¡Pobre Balmaseda! ¡Pobre poeta!”.

Y en efecto, estas fueron las exclamaciones de todos aquellos que supimos la historia, por demás vulgar, del pobre trabajador que, víctima de los rigores de la suerte, había partido de este valle de lágrimas, dejando a su hija y a su esposa a la clemencia del

cielo. ¡Pobre Balmaseda, sí, eso dijimos los que asistimos con la imaginación a los funerales del desdichado Juan del Pueblo!

Hijo del trabajo, había llevado a la fosa común el sello del genio que se ostentaba sobre su frente quemada por el sol y por la hulla. Se murió y lo enterraron. He aquí todo; ¿no es eso?

Acaso si no citara yo alguno de los cantares que contiene el libro de Balmaseda, habría quien creyera producto de una tildada sensiblería las líneas que llevo estampadas; veamos por tanto cómo tomaron forma en aquel cerebro inculto, las bellas concepciones de la musa andaluza.

Mi citado amigo hace notar, con sobrada razón, la preciosa analogía que hay entre la copla que sirvió a Bécquer para escribir su *Venta de los Gatos* y una seguidilla del malogrado Balmaseda.

He aquí la que utilizó Gustavo Adolfo:

En el carro de los muertos
la pasaron por aquí,
llevaba una mano fuera,
¡por eso la conocí!

Dice así lo que Balmaseda ha hecho:

Hasta el *carrerito*
pasaba llorando,
y la conocí por el *pañolito*
que la iba tapando.
La ví *enterraita*
con la mano fuera
¡cómo eran tan *esgraciaita*
le *fartó* la tierra!

Bécquer, escritor culto, *poeta fino*, como diría uno de nuestros flamencos, no se atrevió a completar la coplilla que le inspiró una de sus más bellas leyendas; Balmaseda, es decir, Juan del Pueblo, identificado consigo propio, fue más atrevido y vio todos los detalles del cantar.

En la segunda seguidilla hay un toque dantesco, capaz de hacer llorar a un conductor de cadáveres: "*Cuando la enterraban faltóle la tierra*". A la compañera de Juan del Pueblo le falta frecuentemente.

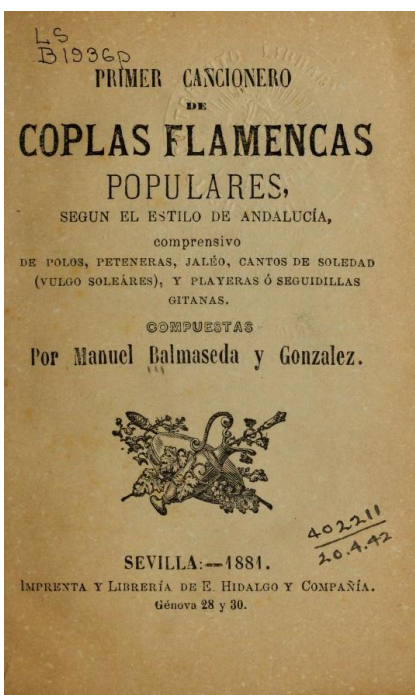
¡El hijo del hombre, según rezan las Escrituras, tampoco hallaba una piedra donde reclinar su cabeza!

Oigamos a Balmaseda:

Aquel que tenga un sentío
que no se ponga a pensar,
que si piensa en achicarlo
él mismo lo agrandaré.

Espinita grande era
la que le saqué al león,
siendo fiera me lamía,
¡mira si lo agradeció!

¡Dice que me quieres mucho!



Yo me quisiera morir
y después de muerto verte
sin que me vieras a mí.

Estando en la *soleá*
al silencio le hablé yo,
para contarle mis penas,
¡y *el silencio no me oyó!*

Juan del Pueblo, o Balmaseda, como ustedes quieran, ve las relaciones más lejanas y halla la forma poética sin conocer las flores del talco y trapo de la retórica. Penas a las que ni el silencio atiende, son penas de una intensidad infinita.

Limpíate los ojos
que llorar no vale,
que la mancha que a ti te ha *caído*
se lava con sangre.

Anoche durmiendo vi
un Cristo en mi cabecera,
enclavado en la cruz
con dos velitas de cera.

En estas coplas hay tal amargura y tal melancolía que con dificultad se encontrará nada que le sobrepuje en Heine y en Bécquer; la primera parece un reproche de Otelo, la segunda es más bella y más gráfica que aquella rima del poeta alemán que comienza así:

A la orilla del Rhin, del sacro río,
la santa y gran Colonia se levanta, etc.

El coplero andaluz, con una ojeada inconsciente que hubiera envidiado el mismo Hartman, sorprendía los efectos externos de la pasión y los reducía a vivas imágenes. He aquí la prueba:

Como la bayeta negra
tengo yo mi corazón,
como la verde mis ojos,
como la amarilla yo.

Pero hablando de Balmaseda se ha olvidado de Juan del Pueblo -dirá algún lector que haya visto otras muchas relaciones olvidadas por mí hasta este punto. No tendría razón, Balmaseda no es más que un nombre, un eco, una metamorfosis de nuestro Juan, aún cuando vivan su hija y su esposa y ardan las velitas de cera del Cristo que vio a la cabecera de su lecho. Es, como si dijéramos, *un detalle* que el lector frívolo puede dejar a un lado, un tipo que tomé de la realidad como hubiera podido tomarlo de los fantasmas de mi cerebro.

Juan del Pueblo, poeta, es así, y si bien pudiera presentarlo a mis lectores palpitando en otras encarnaciones, no es este por ahora mi propósito.

Un moderno colector de cantares, mi querido amigo Rodríguez Marín, ha

presentado a mi gigantesco protagonista escribiendo su propia historia en una serie de preciosas coplillas; el buen Juan del Pueblo es historiador y poeta lírico al propio tiempo. Poco trabajo nos costaría mostrarle como protagonista de una interminable epopeya.

Balmaseda ha muerto, pero sus rimas, tomando vuelo, como una bandada de aves canoras, por el Mediodía de España, irán a engrosar el tesoro de nuestros cantos populares.

Quizás alguna noche serena y estrellada, como aquellas en que presenciaba Heine el baile de los muertos, llegando a su ignorada hoyo con la brisa que agita las flores del cementerio, pugnarán por levantar a su autor de la sepultura. Sevilla 1883. BENITO MAS Y PRAT”.

Después de este maravilloso canto literario y artístico del ecijano Benito Más y Prat a su y nuestro paisano Balmaseda González, sigo ahora con un artículo dedicado a la celebración que se hacía en Écija de los Juegos Florales, pero no sabía, por lo menos yo, que se anunciaban como **Fiesta de la Caridad o Juegos Florales** y así aparece recogido el anuncio de su celebración en **El Sudor del Obrero, Puerto de Santa María del 15 de Agosto de 1904** que, textualmente dice lo siguiente:

“B.L.M Lo hemos recibido, muy atento, del director del periódico *El Comercio Ecijano*, interesando dediquemos algunas líneas a la fiesta de la celebración de **Los Juegos de la Caridad o Juegos Florales** a celebrarse en Écija, y para ello nos remite el programa de dicha fiesta y juegos. En verdad que siempre nos ha interesado, como obreros manuales y afanosos a la instrucción, que la virtud, el estudio y el trabajo sean protegidos por la sociedad, porque entendemos, que estas tres hermosas condiciones en la persona, sería ese gran ideal a que aspiran todos los hombres que laboran por una humanidad sin vicios que corregir.

Sí; nos simpatiza mucho que los pueblos que quieren elevarse moral y materialmente lleven a la práctica siempre actos de cultura, porque éstos son los que se necesitan para hacer hombres y desaparezcan los odios por los cuales existen las fronteras y las castas.

Nosotros llamaríamos, no “fiesta de la Caridad” (1), sino fiesta de la Filantropía (2), porque en estas fiestas se ensancha el alma a sensaciones nobles por las cuales se llega al Bien general de todos los humanos.

(1) Virtud teologal, amor por Dios. (2) Amor al hombre”.

Finalizo el día de hoy, que ya está bien para ser principio de año, después de tantas fiestas familiares, con un artículo dedicado a nuestra ciudad de Écija, publicado en **La Esfera, en su número de 20 de Noviembre de 1915**, adornado con una bella fotografía que es la que también acompaño y que, textualmente, dicho artículo dice así:

“UN DESCANSO EN ECIJA. Ahí tenéis, en una sola fotografía, resumido el momento actual de Écija, y podría decirse que de casi todas las villas y ciudades andaluzas. Comenzaremos por el privilegio de un nombre evocador. La palabra Écija despliega en nuestro pecho un arco iris de evocaciones doradas y bermejas y violáceas. Escala de poderosas tonalidades, magníficas y ardientes. A través de las diversas civilizaciones, la hidalga población ha sido siempre de una gran fastuosidad. Oros en la época



romana, rubíes y granadas en los tiempos árabes, lirios desde el siglo de los Felipes.

Luego tiene Écija un particularísimo abolengo literario. Cervantes hizo de alcaballero en aquel trozo de las márgenes del Genil. Y de tal circunstancia logró Écija cierta categoría de lugar sagrado. Y no olvidemos los famosos Siete Niños, que han inspirado tantos romances de cihuela y coplas y más coplas, para mayor lustre de la demopedia o demosophía, vulgo Folklore.

Afirmábamos al comenzar, que la foto aquí publicada reúne en breve espacio los caracteres y rasgos típicos de Écija. Y lo primero es el solazo que procuró a Écija el remoquete de sartén de la Andalucía. En cuando al pasado moro, bien lo pregonan esas viviendas, y en especial la galería, armoniosa, rítmica, clara y alegre, a pesar de que la despojaron de sus enredaderas de rosales. La enorme imposición cristiana está señada por modo que la descubriría un ciego. Acaso Écija posee más conventos que ninguna otra ciudad bética. Felipe IV concedió extraordinarios honores sacerdotales al culto ecijano. Triunfaba la Écija de la morería y languidece la de los hidalgos. ¿Qué será que la tierra fructifica en torno a la túnica morada de Abderramán, y se agosta alrededor de la túnica morada de Cristo? Comparable a las sensualidades de las *Mil y Una noches* era la Écija de ayer, y nada tan Kempis como la de hoy...

Revelan la decadencia, los arreos y aparejos que un honorable maestro de la albardería ha colgado bajo los arcos de las serenatas de guzle. Todavía más entristecen las acacias municipales, en donde debía acogernos un amoroso y fragante jardín de naranjos, palmeras, cipreses, rosales y jazmines, y una fontana, y las palomas y el pavo real...

Simbólicamente aparece ahí el circo improvisado con lonas. La alegría de Écija, de España, nuestra alegría, no consiste sino en presenciar las cabriolas de unos saltimbanquis; nos regocijamos con el espectáculo de la tristeza errante. Federico GARCIA SANCHEZ”.